

**Oración fúnebre pronunciada
por el Presidente Constitucional
de la República,
Doctor Osvaldo Hurtado Larrea,
en el sepelio del Presidente
Jaime Roldós y su esposa,
Doña Martha de Roldós**

Guayaquil, 26 de mayo de 1981

Un profundo dolor ahoga nuestras gargantas. Ha muerto el Presidente. Lloran los campesinos, lloran los obreros, lloran los maestros, lloran los indígenas, lloran los montubios, lloran los profesionales, lloran las mujeres, lloramos los hombres. Y al hacerlo, recordamos al compañero de trabajo en la obra de gobierno, al leal y entrañable amigo, al camarada de lucha política y de ideales, al conductor del cambio social y económico y al líder popular indiscutible.

Señor Presidente: no es verdad que usted en la campaña electoral haya ofrecido, dadivosa y paternalmente, solucionar todos los problemas del pueblo ecuatoriano. La demagogia nunca inspiró los discursos de la campaña del binomio Roldós-Hurtado. La ocasión es propicia para recordar que, al asumir el poder, criticó a quienes ofrecen lo imposible y proponen milagros, fomentando espejismos que provocan frustraciones y traicionan las más hondas esperanzas del pueblo. Por ello y con mucho realismo, propuso un progra-

ma de gobierno que resumió el triple propósito de consolidar el sistema democrático, acelerar el desarrollo económico y buscar la justicia social. Desde la Presidencia hizo todo lo humanamente posible para lograrlo, sin que le importaran sus quebrantos de salud y el abandono de su familia que para usted fue su más grande afecto. En los tres años que trabajamos juntos, no conoció el descanso, laboraba hasta la madrugada, los fines de semana eran días de trabajo, y cuánta dificultad nos costaba convencerle de que unas cortas vacaciones siempre hacían falta y que no convenía correr inútilmente riesgos.

Muchas veces advertí su angustia por los problemas sociales y económicos que encontraba en su peregrinaje cívico por todos los confines de la patria o que diariamente llegaban a su despacho. Pero a pesar de que no tuvo mayoría parlamentaria que le permitiera llevar adelante su programa legislativo de reformas, y de que heredó una economía en crisis, es fecunda la obra de Gobierno que usted deja al pueblo ecuatoriano. No es el momento oportuno para enumerarla, pero sí para recordar lo más importante: El Plan Nacional de Alfabetización, el vasto programa de vivienda, el desarrollo rural integral, las grandes centrales hidroeléctricas, los caminos vecinales, la reivindicación de la cultura nativa quichua y las reformas fiscal, educativa y agraria.

En esta tarea siempre le acompañó Marta. Con ella formó un hogar cristiano que diariamente vi expresarse en su sentido más hondo. Fue su esposa, pero también su compañera. Desde cuando compartieron la misma aula en la Facultad de Derecho de la Universidad Estatal de Guayaquil, ella le alentó en sus luchas estudiantiles, compartió sus privaciones y luego siempre estuvo a su lado en la campaña electoral, en el ejercicio del Gobierno y ahora en su muerte. Recorrió todo el país para dialogar con el pueblo y defender su programa y sus obras. Cuántas familias recibieron auxilios sociales promovidos desde el Instituto Nacional del Ni-

ño. La imagen de Marta Bucaram de Roldós permanecerá en la memoria de todos nosotros, como el mejor ejemplo de las más altas virtudes cívicas.

Pero usted tuvo también un compañero: el pueblo ecuatoriano. Entre sus adversarios y críticos nunca estuvieron las clases populares. En estos tres días de luto, ayer en Quito y hoy en su ciudad, Guayaquil, a cuántos hombres y mujeres humildes he visto esconder sus rostros cubiertos de llanto. Alguna vez dije que en nuestro país el pueblo estaba por encima de quienes pretendíamos dirigirlo. Su muerte ha confirmado una vez más que efectivamente es así. Con singular sentido común los ecuatorianos pobres descubrieron la orientación popular de su obra de gobierno y no les importaron los sacrificios que usted les exigió para lograrla. Si algo le preocupó en las últimas semanas de su existencia, fue no poder resolver en el corto plazo los vastos problemas económicos y sociales que afligen al pueblo ecuatoriano. En este sentido fui testigo de su angustia solo comparable a la que tuvo en los difíciles días de la guerra.

Señor Presidente: usted usó todos los arbitrios legítimos y posibles para preservar el orden constitucional y consolidar el sistema democrático. Cuando la pugna de poderes llegó a su peor momento, recurrió a la consulta popular para que los ciudadanos fueran los árbitros de la contienda. Pero al ver que ciertos sectores querían convertir el plebiscito, no en instrumento de participación popular, sino en un pretexto para desestabilizar el gobierno, desistió de su convocatoria. Firmemente convencido de que la democracia, si bien no es perfecta, es susceptible de perfeccionamiento, estoicamente soportó toda suerte de agravios, estrechó generosamente la mano a quienes le habían ofendido, y, con paciencia y tenacidad, paulatinamente fue ganando en la Cámara Nacional de Representantes una voluntad favorable a la obra de Gobierno. En una sociedad pluralista, la oposición es esencial pues la controversia enriquece la vida política de los pueblos. Pe-

ró cuando los conflictos que genera superan los mecanismos previstos en la Constitución y en las Leyes, bien puede pasar lo que usted admonitivamente dijo cuando asumió la Presidencia de la República el 10 de Agosto de 1979: "No caigamos jamás en la pugna de poderes, que comienza obstaculizando al Gobierno y termina liquidando la Democracia".

Compartí con usted los aciagos días de la confrontación bélica con un vecino nuestro. Nunca la historia ecuatoriana nos golpeó con tanta dureza como en los primeros meses de 1981. Al parecer, la providencia quiso probar la entereza de los ecuatorianos. Para bien del país el pueblo salió airoso de la prueba, al dar uno de los más grandes testimonios de civismo de que se tenga memoria. Usted fue su conductor, y en el ejercicio de tan grave responsabilidad estuvo a la altura de la Historia. Con inteligencia, serenidad y abnegación enfrentó el desafío y preservó la paz.

Fue usted un Bolivariano y un Latinoamericano integracionista; consciente del aislamiento en que había vivido Ecuador, buscó abrirle las puertas del mundo para que ingresara en nuestra casa todo lo que de positivo pueden aportar otras sociedades, en un mundo cada vez más interdependiente. La presencia en sus honras fúnebres de los Presidentes de Colombia, Costa Rica, Panamá, Venezuela y de otras delegaciones, constituye la mejor demostración de cuanto lograron calar, usted y sus ideas, más allá de las fronteras de nuestra pequeña Patria.

Señor Presidente: ayer sepultamos al General del Ejército Marco Aurelio Subía Martínez, a su esposa y a distinguidos oficiales de las Fuerzas Armadas. El Ministro de Defensa fue un oficial que creyó en la Democracia y siempre estuvo dispuesto a defenderla. Leal colaborador suyo, fue el continuador de la obra que inició el General Rafael Rodríguez Palacios, también fallecido en actos de servicio a la Patria. Los dos constituyen el mejor ejemplo de las virtudes demo-

cráticas, cívicas y militares que siempre seguirán reverentes nuestros oficiales y soldados.

Señor Presidente y querido amigo: invoco la ayuda de Dios y del Pueblo ecuatoriano para continuar la transformación social y económica iniciada por usted.